

ENEMIGA

GÉNERO Y CONFLICTO ARMADO EN EL PERÚ

Valeria Román Marroquín

*Ella me contaba pues: qué lindo,
es lindo agarrar el arma, e irse así.
Varón, ganadero de 70 años*

*La naturaleza de esa tristeza se hace patente al plantear
la cuestión de con quién entra en empatía el historiador
historicista. La respuesta es innegable que reza así: con el
vencedor. Los respectivos dominadores son los herederos
de todos los que han vencido una vez. La empatía con el
vencedor resulta siempre ventajosa para
los dominadores de cada momento.*

Walter Benjamin

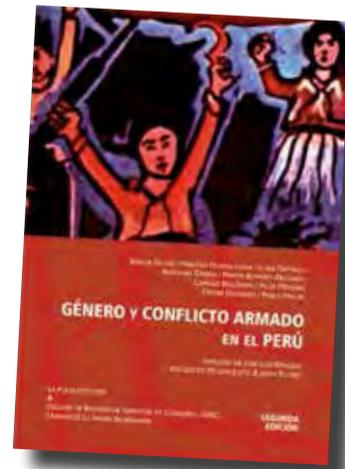
Creo válido el plantear las veces que sean necesarias esta pregunta: ¿qué significa la publicación de un libro como *Género y Conflicto Armado en el Perú* a 15 años del informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR)? Y creo esto así, porque esta pregunta nos lleva irremediablemente a otra pregunta que nos obliga a enfrentarnos sin medias tintas a un terreno mucho más espinoso para nuestra historia reciente: ¿qué clase de batallas se han librado sobre la memoria? ¿Quiénes participan de estas batallas y qué es lo que se disputa exactamente? ¿Estamos hablando de recuperar dignidad, de hacer justicia, de comprender objetivamente el proceso armado que vivió el Perú entre los años ochenta y noventa? Desde la aprobación de la tendenciosa y ambigua Ley que tipifica el delito de Apología al Terrorismo, hasta la acusación de apología al terrorismo al Museo de Arte de Lima (MALI) por exhibir las tablas de Sarhua, la inestable situación de la dirección del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM) a partir de la visita del congresista fujimorista Donayre y la censura de la exhibición *Resistencia visual 1992*, entre otras cosas que pueden venirnos a la mente al hacer un recuento; esta serie de episodios ponen en cuestión las libertades políticas que la democracia y el Estado de Derecho debieran asegurar, aquellas que hoy merman de forma notoria, tales como la libertad de expresión y pensamiento, y nos indican que estas batallas parten de las disputas políticas de distintos grupos de interés, porque controlar la narrativa de lo que sucedió en aquel periodo,

significa controlar la dinámica política que en los últimos años ha devenido de éste.

Pero más allá de señalar el discurso negacionista de las posiciones fujimoristas, el cual es ya hartamente conocido, en medio de las batallas por la memoria, es momento de señalar también los sesgos y límites de un sector dentro de los espacios académicos e intelectuales, que por un lado denuncia la manipulación de la memoria de las víctimas del Conflicto Armado Interno, y la negación de los crímenes de las Fuerzas Armadas y el Estado durante aquellos años, apelando a la verdad y la justicia, amparándose a lo resuelto por la CVR. Pero por otro lado, ese mismo sector contribuye a la campaña de caricaturización y manipulación e instrumentalización política que muchas veces, en tiempos de desesperación, el Estado ha emprendido del “Enemigo”: el senderista, el terrorista. Niegan toda posibilidad de un estudio objetivo sobre aquellos que participaron activamente en este proceso y se levantaron en armas, y con ello, mutilan un amplio campo de investigación necesaria con respecto a los movimientos armados en nuestro país, su historia, sus condiciones y las condiciones de quienes los constituyeron. Y más allá de abordar o no cierto campo de investigación, es mutilar también parte de la historia de los pueblos y sus propias luchas, aceptando las formas que no atentan contra el modelo y se mantienen siempre al margen de lo institucional como las únicas válidas para la protesta, entre otras cosas. Por otro lado existe también por parte de grupos políticos, que han monopolizado y se han adueñado de la memoria de los ex miembros de diversos grupos subversivos, pretensiones de que su propio balance sobre lo ocurrido en el Conflicto Armado sea asumido acríticamente por los sectores democráticos y organizaciones populares, que en determinadas ocasiones han abierto espacios para discutir sobre la ya mencionada cuestión, saboteando y mermando aquella “libertad de expresión” que tanto defienden, en vez de practicar la siempre saludable crítica y autocritica, y abriendo una lucha de ideas correspondiente, como es el notorio caso del MOVADEF.

Es en este contexto que la publicación de *Género y Conflicto Armado en el Perú* se ubica: un libro que versa,

no sobre las mujeres que estuvieron involucradas como víctimas de la violencia del Conflicto Armado, o incluso, sobre las mujeres que participaron como dirigentes o activistas barriales, que las antologías y estudios sobre el feminismo en nuestro país siempre resaltan cuando se habla de organización femenina durante los años ochenta y noventa: precisamente, es sobre las mujeres que se enlistaron en las filas del MRTA y el PCP-SL y se levantaron en armas. Cada uno de los artículos que componen el conjunto de esta publicación, en su propia particularidad y su propio enfoque, es valioso en un contexto donde la apología es confundida — convenientemente— con cualquier análisis o estudio que pretenda abordar a los grupos subversivos de manera objetiva, sin hacer de éstos una caricatura del “Enemigo” de la sociedad civil. Que cuestiona lo que los famosos senderólogos, e incluso la misma CVR, ha dicho sobre el PCP-SL, el MRTA y las organizaciones afines a éste sobre las mujeres subversivas. Habría que señalar, como cuestión fundamental, que el caso de la participación femenina dentro de las organizaciones subversivas se ha abordado como un tabú, incluso para las académicas dedicadas a estudiar los movimientos feministas. Así como señala Guiné en su artículo “Encrucijada de guerra en mujeres peruanas: Augusta La Torre y el Movimiento Femenino Popular” o Romero-Delgado en “Las «otras» olvidadas: apuntes sobre agencia y transgresión con nombre de mujer(es)”, las mujeres que se levantaron en armas son expuestas como ajenas a las demás propuestas y apuestas en los distintos espacios donde existía una organización femenina: se sostenía que el horizonte político de estas mujeres no estaba involucrado directamente con las mujeres, que aquellas mujeres eran dogmáticas, resentidas, irracionales, manipulables, entre otros calificativos que no es necesario reproducir. Al representar un modelo de femineidad atípico dentro de una sociedad sumamente machista, donde el apolitismo y la sumisión se conciben como “cualidades” inherentes de la naturaleza femenina, era evidente que estas mujeres fueran patologizadas, aduciendo que su alto nivel de politización, su entrega en el activismo que requería el trabajo partidario, y su disposición a asumir un proyecto político como la vía armada para conquistar el poder para los pueblos, así como su disposición a asumir un papel de dirección en éste mismo, era meramente producto de sus desviaciones. Estos sesgos son reproducidos constantemente dentro de los espacios académicos e intelectuales, que — paradójicamente— a pesar de reconocer perfectamente que la aparición de grupos subversivos durante aquella época en particular y la amplia acogida que pueden recibir éstos está relacionada estrechamente a las crisis económicas y las medidas que los gobiernos suelen aplicar, pero que finalmente golpean constantemente a las clases populares, no reconocen que los motivos por los que un sector del pueblo puede levantarse son reales, y son más bien



aquellos “rencores” y “odios” a los que muchas veces se apelan, expresión de una situación que existe y que no se resuelve por la buena voluntad de los jefes de Estado y los burócratas de turno, sino más bien son situaciones que se dan porque son necesarias para que el ciclo del Capital siga su caótico ciclo de reproducción. En los diversos testimonios y fragmentos de entrevistas a ex militantes del PCP-SL (caso notorio es el trabajo historiográfico que realiza Antonio Zapata en su artículo “Elena Iparraguirre: la mirada de la número tres”, donde entrevista a la Camarada Miriam —parte del Comité Permanente Histórico del PCP-SL junto a Abimael Guzmán y Augusta La Torre— y presenta de forma amena la historia de la formación de Sendero Luminoso y demás detalles de su trabajo de bases, su estrategia militar, entre otras cosas), del MRTA, e incluso de organizaciones armadas de Colombia y El Salvador, que encontramos a lo largo del libro, podemos recoger, más que una serie de factores en común que podríamos interpretar como determinantes, una serie de experiencias comunes que finalmente fueron comprendidas bajo un esquema de análisis propio de una línea política en particular. Además, podemos constatar el nivel de agencia política que aquellas mujeres gozaban dentro de las estructuras partidarias, donde la militancia se vuelve una especie de espacio de igualdad al momento de romper con la vida común que los estereotipos de género le imponen a la compañera política, y al ampliar los espacios de discusión y decisión donde las mujeres no eran excluidas de participar por ser mujeres, como bien se señala en el interesante artículo de Luisa Dietrich: “La «compañera política»: mujeres militantes y espacios de «agencia» en insurgencias latinoamericanas”.

Esto nos lleva a cuestionar la objetividad con la que se ha abordado la participación femenina en las organizaciones subversivas. Y este cuestionamiento no parte del deseo de justificar desde las canteras de la teoría los excesos, errores y crímenes que estas organizaciones pudieron haber cometido a lo largo del Conflicto Armado; más bien, es necesario criticar aquella noción de que nos encontramos en una sociedad desideologizada, y lo político más bien

representa la buena, neutral y moral administración de los recursos. Y que por tanto, la producción de conocimientos dentro de ésta también está libre de sesgos ideológicos, de intereses y orientaciones particulares. No postulamos que es imposible la objetividad dentro del trabajo intelectual, más sí señalamos que aquella dimensión debe ser cuestionada cuando omite o distorsiona ciertos personajes o episodios de los movimientos políticos, sobre todo si está relacionada estrechamente con respecto a la construcción de la memoria nacional y el imaginario político de las grandes mayorías. Claro ejemplo es el de uno de los organismos generados más conocidos del PCP-SL, el Movimiento Femenino Popular (MFP), el cual aglutinó a una cantidad considerable de mujeres que incluso no pertenecían al PCP-SL ni tenían una afinidad en particular con éste, y articuló —ciertamente, con limitaciones— un movimiento de mujeres basado en la solidaridad de clase, identificando la opresión histórica de la mujer en la existencia de la sociedad de clases y la propiedad privada, con una justificación en el análisis marxista de la organización de las sociedades prehistóricas y las sociedades posteriores. Si bien puede ser cuestionado el embrionario planteamiento del MFP en sus documentos teóricos, ésta es una de las propuestas programáticas más importantes con respecto a los movimientos de mujeres en la historia de nuestro país, y por tanto, merece ser tomada en cuenta al momento de preguntarnos sobre las necesidades, el trabajo y la organización de las masas femeninas en torno a sus reivindicaciones.

Para problematizar esto, quisiera traer una idea que extraigo de *Organizar el fracaso. Arte y política en la Carpeta Negra*, de Mijail Mitrovic (2016), y que me parecería interesante explorar, no solo porque en *Género y conflicto armado en el Perú* hay dos artículos que se dedican al imaginario y producción artística relacionada específicamente con el PCP-SL —en este caso, su producción literaria, con “Hildebrando Pérez Huaranca, Edith Lagos y Jovaldo. Textos de combate”, de Oscar Gilbonio, y su producción audiovisual con “Voces, memorias y realidades de las mujeres excombatientes en los documentales sobre el conflicto armado”, de Pablo Malek—, sino también porque hay un paralelo entre lo mencionado por Mitrovic y cierta idea que este libro en distintos momentos señala.

Es como si todo lo anterior, reducido a mera propaganda política, sencillamente no fuese digno de ser pensado, cuando el análisis del arte senderista obliga a que establezcamos nuevos criterios para pensar en qué sentido podría el arte hacerse político. Al mismo tiempo, se asume que la militancia de las mujeres que se levantaron en armas, sean emerretistas o senderistas, no merece ser tomada en serio por quienes nos dedicamos a estudiar y reivindicar los movimientos de liberación y emancipación

femeninos, solo porque son parte de estas organizaciones subversivas; sin embargo, esa propuesta es una que ha calado mucho más hondo en el análisis y práctica política entre las grandes mayorías de mujeres, más que los asistencialismos de las ONGs, que desde su entrada al país, han reemplazado gran parte de la organización popular y han acabado con los espacios de politización de las clases trabajadoras. Esta situación representa, evidentemente, una problematización —si es que el movimiento de mujeres pretende seguir vigente para las mujeres más explotadas de nuestra sociedad— del carácter de los movimientos de mujeres, su relación con los movimientos estudiantiles, campesinos u obreros, su papel frente a la alta división de clases de la sociedad capitalista y las estrategias de concientización, elevación y movilización de mujeres por la transformación de la sociedad. Nos guste o no, el Movimiento Femenino Popular y las mujeres levantadas en armas también forman parte del relato de los movimientos de mujeres en nuestro país.

Finalmente, habría que mencionar que más allá de la importancia de esta publicación en relación a la historiografía de los movimientos feministas en el país, y de su centralidad para cuestionar las narrativas que han tomado un lugar hegemónico sobre las mujeres en el Conflicto Armado Interno, *Género y Conflicto Armado en el Perú* también se posiciona como una publicación que toma los ecos del pasado para problematizar el presente de los movimientos de mujeres y la militancia femenina en espacios mixtos de izquierda. En la práctica, es cierto que las mujeres involucradas en proyectos políticos que se fundamentaban a partir de la solidaridad de clase, poseían una agencia política tal que les permitía asumir lugares que tradicionalmente estaban ocupados por hombres; habría que cuestionar hasta qué punto dentro de estos espacios privaba la reproducción de relaciones patriarcales. Este es un cuestionamiento que resulta vigente para los movimientos de emancipación, que en la actualidad son encabezados por mujeres, cuestionando de por medio la lógica capitalista y patriarcal arraigada en las instituciones y en lo más profundo de la vida diaria de los sujetos. En ese sentido, también nos encontramos ante relatos que nos exigen comprender las relaciones entre género y clase más allá de un esquema dual para sumergirnos en su complejidad, y por tanto, comprender que la opresión por la cual las mujeres se levantan exige también una profunda transformación de nuestros espacios de militancia. 

Valeria Román Marroquín (Arequipa, 1999). Peruana, estudiante de Filosofía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Sus investigaciones se encuentran orientadas a la teoría feminista, en específico, los feminismos materialistas y la filosofía política. En la actualidad se dedica a organizar los círculos de lectura de mujeres, orientados al estudio del feminismo socialista, marxista y radical para la formación teórica de mujeres tanto en espacios universitarios como externos a estos. Ganadora del Premio Nacional de Poesía “José Watanabe Varas” 2017 por el poemario “Matrioska”, y el Premio Luces 2018, con la mención de “Mejor libro de poesía”.